

Sin hijxs

20 respuestas

Un proyecto de Judith Romero, con la colaboración de Rían Lozano

Sin hijxs. 20 respuestas es un proyecto fotográfico comenzado hace una década por Judith Romero. Es, además, una conversación prolongada en el tiempo que surge de la necesidad de entender y visibilizar el hecho de que, aún hoy, siga resultando difícil compartir los motivos que llevan a las mujeres a decidir, libremente, no ser madres. ¿Por qué estos relatos siguen siendo poco públicos? ¿Qué relación guarda la visibilización de esta elección con la exigencia del control de nuestros propios cuerpos? ¿Qué implicaciones sociales y políticas tiene este hecho?

Proponemos, como hoja de ruta de esta visita, las palabras de las 20 mujeres que mantienen y animan esta conversación. Sus testimonios reflejan puntos de encuentro: la infancia, la soledad, la religión, la norma social, los cuidados, el derecho al control sobre el propio cuerpo, las relaciones familiares, la independencia o el raro e inusitado sentido de respeto al derecho a no nacer. Pero también dan cuenta de historias de vida y experiencias muy distantes: el goce de la sexualidad, los proyectos de familias alternativas, la violencia sexual, el aborto, la discriminación capacitista, la producción de identidades que escapan del mandato social. El recorrido concluye con Judith. La fotógrafa cierra este viaje con su propio testimonio: un punto y seguido a esta conversación que, esperamos, sea completada por la experiencia de lxs visitantes.

Fabiana

São Paulo, Brasil

2014

He decidido no tener hijos. No sé qué venga más adelante en mi vida. Lo que sé es que esta decisión me va a acompañar siempre. No necesito la maternidad para decir que estoy realizada. La realización viene de mi trabajo, de los proyectos que llevo a cabo. De lo que logro crear para mejorar el mundo. Colocar un hijo en este mundo no es simplemente embarazarse. El embarazo es la parte más pasajera de la maternidad. Noto que, en algunas mujeres de mi generación, hay una romantización de la maternidad.

¿Qué significa ser madre para mí? Significa colocar un niño en el mundo y darle las posibilidades para que sea alguien: alguien que pueda venir a interferir, a dedicarse al mundo, a actuar sobre el mundo de forma que lo transforme, que lo torne en un lugar mejor. Es una responsabilidad muy grande y yo no tengo disponibilidad para hacer esto. Tengo

otros proyectos en la vida. Yo no necesito tener un hijo para decir que soy una mujer. Creo que ahora las personas son más libres para decidir. Sin embargo, cuando dices que no quieres tener hijos aún hay personas que creen que es porque no te gustan los niños, o porque tuviste una desilusión amorosa, o porque tienes algún problema físico que te impide tenerlos.

En Brasil las personas piensan que tener hijos es algo que debe suceder en sus vidas; como si fuera el camino por el que debemos pasar todos. Yo soy rara para estas personas. Creo que cualquiera que sale de la norma, que sale del círculo, será cuestionada.

Carolina

Santiago de Chile, Chile

2017

Es una época extraña para las mujeres porque la biología no cambió, pero la vida de las mujeres sí. Seguimos teniendo la primera regla a la misma edad, la

menopausia a la misma edad, nuestra ventana fértil sigue siendo la misma; pero, las vidas y las historias son con expectativas de 80 años. Entonces, a los 25 recién te estás situando, reflexionando quién eres, qué te gusta, qué no te gusta. De ahí tienes 10 años para tener niños. Sobre todo las mujeres que decidimos ser profesionales o que tienen una carrera que les interesa mucho. Hasta los 30 una está estudiando, moviéndose; la ventana biológica se desfasó con la vida real de las mujeres —cosa que no les pasa a los hombres. Es ahí donde efectivamente llega un momento de decidir, sobre todo cuando ya se acercan los 35 o los 38. Ahí dices: es ahora o no es nunca. Y viene la presión; la que una se hace a sí misma. La presión que nos hacen los otros es de antes. Esa aparece cuando una es más chica, en el sentido de “normalizarte”: la preocupación de mi mamá cuando yo no me manifestaba mucho de tener niños, era como ¿quién te va a cuidar?

Además, ésta es una decisión de la mujer, no de la pareja. Yo puedo tener hijos con una pareja, sola o con un tipo con quien me meta por ahí, o como lo hizo una amiga que se inseminó. A la larga, los hijos son de la mujer. Por el otro lado, los hombres se hacen muy poco cargo de su fertilidad: si es que se ponen un condón es porque saben de las enfermedades de transmisión sexual, no necesariamente por el control de la natalidad. He visto muy pocos hombres tomar decisiones como “este es el último niño que tuve y me voy a hacer la vasectomía”.

Yo he ocupado toda la vida anticonceptivos orales, siempre fui muy paranoica con eso. Tenía hasta un ritual del que mis amigas se reían porque cuando terminaba con una pareja, aunque hubiera sido un mes, o un pololo de dos meses, me hacía un *test pack*. Necesitaba ver que salía negativo. “Ya, no quedó nada de este hombre”. Primero porque no quería que interfiriera en mi plan de vida; segundo, porque en este plan nunca estuvo tener niños.

¿Me arrepiento de alguna manera? no, para nada. Creo que no hubiera sido capaz de estar en paz con esa cantidad de energía emocional que hay que tener para armar a otro ser humano. No se trata solo

de estar físicamente ahí —a *pañales*— para todo.

A veces a la gente le cuesta ponerme en una categoría. Para su tranquilidad me ponen en la de “mujer que no pudo tener hijos”, asumiendo que hubo un esfuerzo que no fue exitoso, sin preguntarme si fue mi opción.

¿Qué es lo que pasa con mujeres que se han arrepentido? ¿Cuántas mujeres dicen haberse arrepentido de tener hijos?, ¿cómo lo decís, con las criaturas ahí ya vivas?; te aseguro que debe haber quienes se arrepienten de haber tenido hijos y que se arrepienten de no haber tenido mujeres cerca que les ayudaran a preguntárselo o cuestionárselo.

Mariana

Tigre/Buenos Aires, Argentina

2015

La decisión de no tener hijos no es una decisión rotunda, puede llegar a serlo, pero se va construyendo por capas, por momentos, por sucesos. Es una construcción del “no”; es maravilloso, porque son formas de resistencia.

Creo que aquí, en Argentina, el tema del lesbianismo es más abierto que en cualquier otro país de América Latina. Pero siento que en el mundo gay hay un apuro por volver a representar la heteronorma. Por ejemplo, hablar del matrimonio gay y la adopción, es importante en términos legales y jurídicos, en términos de ley y de derecho. Pero, ¿por qué avalar una estructura que no es necesaria? Conocí mujeres, con quienes salía, y al tener hijos se replegaron totalmente. Renuncian y denuncian la otra forma, la de no ser madres, lo acusan como algo libertino. Te das cuenta que ellas son madres, pero dejan de ser mujeres. Yo no creo en el instinto materno, de hecho mi ex, que tuvo una hija, en alguna ocasión me dijo “me tuve que ocupar de relacionarme con mi hija, no fue algo natural”. Me gusta el término “instinto del deseo”. La idea de un hijo es con otro, con aquél con quien existe ese deseo. Porque, si no, es muy dual (madre-hijo), si no hay un tercero —llámese pareja— se convierte en algo extremadamente egoísta.

Guadalupe

Cholula, Puebla, México

2019

Tengo una autoestima lo suficientemente fuerte para ir en contra de la corriente. Las personas con discapacidad difícilmente terminan la carrera. Te dicen: “¿para qué estudias? tal vez ni puedas ejercerla”. Si yo hubiera escuchado todo lo que me decían, tal vez estaría cuidando un hijo. No digo que sea algo malo, pero no es para lo único que yo iba a servir.

La vida no solo se vive con inteligencia también se vive con valentía, con valentía de aceptarte y de asumir lo que eres, que no es necesariamente lo que te habían dicho que podrías ser. Cuando empiezo a trabajar esa aceptación descubro a esta mujer que quiere vivir con dignidad y tener un lugar en el entorno social. Me toca luchar como cualquier mujer, pero un poquito más duro: no solo tengo que luchar en un mundo de hombres, sino que tengo que luchar en un mundo que afortunadamente ve.

Ahora tengo cuarenta años, tomé la decisión de no tener hijos a los 28 años. Había visto que la gente actuaba por tradición y no por convicción. Nunca me vi como un receptáculo para procrear. Yo decía “no siento esa vocación”; en cambio sí hay otras cosas con las que tengo una gran identidad y una fuerte pasión por lo que hago. No hay algo que me llame de manera profunda para decidir ser madre porque, además, creo que es una gran responsabilidad y un gran compromiso de vida. Vivimos en un mundo muy caótico, lleno de contradicciones, de doble moral. Y yo no me veía trayendo una vida para que viviera en este caos. Todo esto me lleva a tomar la decisión de no tener un hijo y no me arrepiento en lo absoluto. Creo que es una de las mejores decisiones que he tomado en mi vida.

Pero entonces viene otra pregunta: ¿cómo tener tu vida sexual? A las personas con discapacidad, por lo general, se nos anula la sexualidad; ¡como si no tuviéramos hormonas! Las hormonas no saben si eres manco, ciego o tuerto; las hormonas reaccionan en tu organismo. Yo sí me doy la oportunidad de tener

parejas, pero siempre con responsabilidad, cuidándome de no quedar embarazada, también cuidándome de enfermedades de transmisión sexual.

No puedo usar muchos métodos anticonceptivos por cuestiones de salud. Tengo a mis médicos que, afortunadamente, han sido personas que primero han visto a la mujer y luego a la ciega; no siempre es así. A mí me ha funcionado el cien por ciento el preservativo y así va a ser, de eso estoy segura.

Nunca me vi casada de blanco, ni me vi jugando a la casita con mi maridito y mis hijos. Nunca tuve ese deseo que, muchas de las veces, es una condición aprendida. No creo que un hijo sea como tu seguro de vida para tu vejez; aunque así me hacían sentir muchas personas: “oye ¿quién te va a ver? ¿quién te va a jalar? Aunque sea ten un hijo para que te cuide”. Y tú dices “¿es en serio?” Creo que yo no fui criada ni parida para eso, mi madre nunca nos ha hecho sentir que tenemos que ser su seguro de vida en su vejez.

Se verá muy raro para muchos, pero para mí esta es mi familia nuclear: yo y mi perro. Es lo que he construido y estoy feliz. Estoy feliz, he aprendido a vivir conmigo misma, he aprendido a tener diálogos muy fuertes conmigo. He aprendido también a saber que esto es precisamente lo que me gusta. Estar como estoy me ha llevado a tener una paz y una tranquilidad conmigo misma que nunca hubiese pensado alcanzar.

Estudié Relaciones Internacionales y Políticas Públicas y tengo una maestría en Políticas Públicas.

Aprendo a relacionarme con los sentidos desde el tacto. Yo tomaba fotografías cuando veía y ¡creo que no era tan mala!, tenía bastante buen ojo. Ya no las tengo conmigo, soy una persona de pocas cosas. Si te das cuenta mi vida es muy minimalista. No tengo nada guardado, pero no porque no veo: simple y sencillamente así es mi forma de ser. Pienso que, de algún modo, esta es mi manera de dejar ir a mis muertos y hablo de mi propia ceguera, porque para mí traer un par de ojos que no te funcionan es traer un cadáver todos los días contigo.

Ronda

Oaxaca, México

2015

Antes de casarnos por la Iglesia Católica fuimos a un encuentro matrimonial. En ese taller te reúnes con un cura y hablas con otras parejas; de una manera amable tratan de convencerte para no usar anticonceptivos. Al final debes responder a una serie de preguntas y esas respuestas las debes compartir con tu pareja. Me acuerdo que una de las preguntas era si estás abierta a la maternidad. Fue ahí donde escribí que no estaba segura, puse que no quería tener hijos. No sé por qué, pero guardé ese cuestionario y después de un tiempo, cuando él comenzó a presionarme para tener un hijo, saqué el papelito, se lo mostré y le dije: “tú sabías desde el principio que yo no estaba segura de querer tener un hijo”. Nos divorciamos —no por el asunto del bebé.

Pienso que tomar una decisión como ésta no es fácil. Llegar a los cuarenta y haber decidido no tener hijos [...] se tiene que ser bastante fuerte para decirlo. Es todo un proceso pasar por los años fértiles. Crecí en un rancho de Estados Unidos, mi familia es muy tradicional. Somos tres hermanos, yo soy la mayor. Crecí como católica, pero no practico la religión. Aquí [en México] la gente se queda sorprendida si dices que siendo *gringo* eres católico.

Me molesta cuando algunos colegas me dicen que haga ciertas cosas en el trabajo porque “yo no tengo hijos”. Como si el no tener hijos fuera no tener compromisos y otras muchas cosas que hacer. Yo saco mucha satisfacción de lo que hago y, además, creo que por no tener hijos puedo dedicar más atención a la gente que quiero.

Ángela

Puebla, México

2019

Mi tía Eloina fue la solterona de la familia, era la señorita y se hablaba de ella con mucha lástima. Esto me hace recordar aquellas frases que se decían en los 70 en Veracruz: “Se quedó para vestir santos”, “Pobrecita, no tuvo hijos”, “Pobrecita, no se casó”,

“No hubo nadie que le hiciera el favor”. ¿Puede haber algo más denigrante? Lo que para mi tía fue una sentencia para mí fue una elección: la decisión de no tener hijos. ¿Y cómo se construye? En mi caso fue una decisión muy vieja que, conforme pasaba el tiempo, se iba reafirmando.

Yo recuerdo haber visto a mi madre y a mi tía sufrir. Mi tía decía: “Mal con ellos, peor sin ellos.” Y yo decía entonces, ¿te tienes que quedar, aunque sea mal con ellos? Siempre vi sufrimiento de la pareja por tener hijos.

Fue muy fuerte, porque mi mamá tomó la decisión de nunca más tener un compañero. Si mi papá se había atrevido a cometer atrocidades, podría pasar lo mismo si ella tenía un compañero nuevo, podría volver a abusar. Me pareció terrible; mi mamá bajó el telón y dijo: “se acabó la obra”. Desde entonces se dedicó a nosotros exclusivamente. Siendo una mujer joven, hermosa, esa “factura” me parecía impagable. Esa idea de sacrificio a mí no me gustaba, tampoco el estereotipo que conocemos de la abnegación.

Acompañé a muchas amigas jóvenes; perdí mi anillito, mi reloj y mi guitarra porque se quedaron en el Monte de Piedad cuando el novio las dejaba porque se habían embarazado. Entonces había que buscar dónde abortaban, juntábamos todo lo que podíamos.

Yo tenía la fortuna de que, desde segundo año, pertenecía a un grupo de las juventudes comunistas. Circulaba, en ese tiempo un pequeño libro que se llamaba *El libro rojo*; ahí se hablaba de métodos anticonceptivos, se explicaba que podías ir, aunque fueras menor de edad, con un doctor y que éste te podía recetar anticonceptivos, y que no tenía derecho a acusarte con tu mamá ni con tu papá. Era una edición argentina, decían que era una ética internacional y que no se podía violar.

Con ese librito nos formamos un buen grupo de estudiantes. También estábamos leyendo otros textos, nos reuníamos a cantar y a estudiar. Me acuerdo de que mi primer texto fue *Marx para principiantes*. No había una educación sexual, excepto el maestro de

biología que nos enseñaba un poquito de higiene, qué era el preservativo y qué pasaba en la eyacuación. Pero te estoy hablando del 72 o 73; en ese tiempo de la secundaria no era una cosa que pudieras hablar.

Era otro tiempo, donde nuestra educación era con nosotras mismas; cuando le decías a tu compañerita: ¡Pero, tonta, por qué no fuiste al hospital a que te dieran un condón! ¡Hubieras ido a comprar un condón! Esto parecía una cosa complejísima y difícil.

Yo usé una píldora mensual, usé condones, usé espuma, usé todo. Eso se lo debo al comunismo, haber vivido mi sexualidad plena a temprana edad. Siempre hay un conflicto de deberes y a las mujeres nos dejan el deber de no embarazarnos.

Resulta, que en el momento en el que llego a definir si voy a buscar un hijo o no, me pregunto: “¿qué le voy a dar?”.

Mis hermanos y mi mamá me pidieron tener un hijo. Primero mi mamá decía “cásate”, después “júntate”, después “échate un voladito y ya, bueno, ten un hijo así nomás (con un amigo) con alguien que tú veas.” Mis hermanos también. Mi mamá insistió mucho, le daba mucha pena que no tuviera un hijo y que me quedara sola, me decía: “cómprate un perrito”. Sé que era con cariño, con preocupación. El siguiente círculo fue espantoso, me refiero a los primos, las tías: “¿por qué no quieres tener un hijo?”, decían. Yo compartí mucho tiempo departamento con otra amiga, “dinos la verdad, ¿es tu pareja?”, me preguntaban. Yo decía: “¡qué pasa!” Había una serie de razones que veía injustas, inadecuadas e incorrectas, como tener hijos por cumplir con un rol y no atenderlos, pero no me atrevía a ponerles esas cartas en la mesa y mi respuesta solo se reducía a: “a ti qué te importa”. Esta intromisión obscena de “lo hago por tu bien” me indignaba, me parecía que era fea y grosera.

Una cosa que me pareció terrible fue que me espantaran con la mano del muerto “es que jamás vas a estar realizada, hasta que tengas un hijo no vas a saber lo que es realmente” ¿Y tú qué carajos sabes si mis límites son estos?, ¿tú cómo puedes saber

que no estoy realizada, o que me hace falta algo más? Es obsceno pensar que porque tú lo hiciste ese debe ser también mi parámetro.

Natasha

Ciudad de México, México

2017-2018

La decisión de no tener hijos inició hace tiempo. A los 22 años aborté, tuve el apoyo de mis padres. A esa edad todavía vivía en su casa. Fue un descuido y asumí la responsabilidad porque creo que un hijo nace del amor. Yo entonces no trabajaba, no era estable y mi pareja era un fracaso, no había futuro con él. A esa edad uno quiere divertirse, disfrutar del sexo, pero no pagar un precio tan alto como traer un hijo a este mundo. La decisión que tomé era de sentido común, no era el momento y sabía que tenía que interrumpir el embarazo. El hacerlo tampoco me traumó.

Encontré a una pareja en un lugar de trabajo, era machista, quería que yo me embarazara. Me regalaba flores con mi dinero, le dije “sí, tú quieres que me embarace pero, entonces ¿quién va a trabajar?”. Tuve que dejar un trabajo donde estaba bien, todo para alejarme de esa pareja porque, si no, iba a ser un drama. Cada vez había más y más presión, hasta tal grado en que yo tuve que huir. Temblaba por el impacto de lo que tuve que hacer para recobrar mi libertad, porque luego una se deja pegar, eso ya estaba fuera de mis códigos. Tenía esa forma de ser machista. Mis amigos se daban cuenta y me decían que lo dejara. Vivía yo un infierno sin siquiera tener hijos.

Para tener un hijo lo primero que debemos de tener es la lucidez: preguntarnos, ¿Cómo puede uno tener hijos, cuando uno no es emocionalmente estable? ¿Cómo es posible que una pareja inestable pueda tener hijos?

Hay mamás que son esclavas de sus hijos. Tener hijos es algo a lo que te vas a dedicar toda la vida, pero uno también quiere cumplir sus deseos, es difícil.

Soy muy familiar, tengo buena relación con mis hermanos y en la prisión había muchos niños que me

conocían por mi alegría. La alegría que tengo hoy es la que tenía de niña. Yo no soy la mamá que regaña, soy la tía o la hermana que viene a jugar. Hay un prejuicio: “si no tienes hijos, no sabes lo que es”. En prisión se da mucho: hay muchos talleres destinados a las mamás; pareciera que, si no eres madre, no hiciste tu labor como mujer. Las mujeres sin hijos pueden dedicarse a actividades que son de suma importancia para la sociedad; no todo el mundo puede dedicarse a tener hijos.

Siempre tomé píldoras anticonceptivas, hasta que caí en prisión. Yo vengo de una generación en la que no utilizábamos condón; pero siempre me protegí, nunca le dejé toda la responsabilidad al hombre.

Una de mis primeras reacciones cuando entré en prisión fue “no voy a tener relaciones sexuales durante diez años”. Pasé cinco años sin tenerlas; fueron años de trabajo interno y de muchos cuestionamientos. Cuando estás en prisión estás las 24 horas dentro de la olla. Allí descubrí el mundo de las mujeres, no concebía la idea de que yo le interesara a una mujer. No puedo decir que me gusten las mujeres; más bien podría decir desde cuándo me interesa, desde cuándo quiero a una mujer. Fue una mujer la que me movió el tapete, fue una mujer la que me movió la estructura social y los códigos morales, todo. La relación se formalizó y nos casamos. Cuando decidimos estar y vivir juntas, cuando se asentó la relación, pensé en mi familia. Me transporto a mi ámbito social antiguo e imagino a mis hermanos reír. “¡Natacha con una mujer!” A mí me han gustado los hombres toda la vida; pero mi sentimiento hacia esa mujer es tan fuerte, y tan rico, que decidí hacerme caso. ¿Me voy a negar a vivir algo bueno por el código social, por quienes me juzgan o viertan sus prejuicios sobre mí? No.

No me siento menos mujer, ni menos femenina por no tener hijos. Pareciera que por no tener hijos se nos fuera la ternura. Hay mujeres para tener hijos y hay mujeres para no tenerlos.

Gisela

Buenos Aires, Argentina

2015

Sé que mi decisión tiene un impacto político. Por un lado, cuando uno tiene hijos, hay una relación con la muerte que te aliviana porque, de alguna manera, vos querés morir antes que tus hijos. Pero, por otro lado, ahora veo en mi mamá esa otra angustia de que vos vas a morir y, entonces, ya no podrás estar con tus hijos.

El embarazo para mí es impensable; hasta cierto punto diría que le tengo rechazo y siento que me generaría locura, no podría vivirlo como algo idílico. Yo no quiero estar atada a las responsabilidades de la maternidad, quiero ocuparme de otras cosas que me dan satisfacción, quizás por eso me digan que estoy autocentrada. Me hubiera gustado que mis padres hubieran tenido otra hija, otra que fuera funcional a sus deseos.

Yo no me siento con las características plenas de las mujeres, hay algo así como de lo andrógino en mí; no sé bien, pero no fui una niña femenina; ahora tampoco. No me considero ni hombre ni mujer, claro, físicamente soy mujer.

En el trabajo artístico que realizo exploro el universo de la niñez y de lo femenino, también colecciono muchos objetos y algunos libros que tienen que ver con el tema de la infancia.

No le tengo miedo a la vejez y, aunque le tuviera miedo, no sería esta la razón por la cual tendría hijos. No creo arrepentirme de esta decisión porque estoy muy consciente; estoy consciente de que cuando llegue a la vejez me voy a quedar sola. Aunque el otro día conocí a una señora con cuatro hijos y nietos y está sola, ¡qué loco!

A veces te dicen “hasta que no tengas un hijo no sabrás lo que es la vida” o que “un hijo es lo más importante en la vida”. Quizá sea verdad. Incluso, desde el punto de vista sociológico, estoy de acuerdo que la experiencia es importante. Pero no necesito tener hijos para imaginar la experiencia de ser madre.

Deyanira

Aguachil/Ixhuatán/Oaxaca, México

2017-2020

Desde niña fui muy independiente. Salí de mi pueblo a los 14 años. Viví alejada de mi familia para construir un futuro distinto. Puedo decir que mi espíritu fue libertario y nunca se ató a circunstancias o lugares. Mi decisión de no ser madre fue un proceso que se dio naturalmente, pero socialmente fue difícil. Para como fue educada mi generación, haberlo decidido implicó ser más señalada por otras mujeres.

La maternidad era un tema que ni siquiera se cuestionaba, se pensaba que era una especie de “orden natural” y no una decisión libre. El feminismo vino a poner los acentos más adelante. Pero, en los sesenta y setenta, esta decisión de no ser madre era pecado mortal. Claro que hoy puedo decir que fue una decisión responsable conmigo porque vivo feliz y segura de haber tomado el camino que quise, sin imponer la opinión de los demás sobre la mía.

Yo no podía acostarme con un hombre a temprana edad, porque era un pecado, si lo hacía yo ya no valdría. Eso fue lo que mi abuela y mi madre me dijeron de “la virginidad”. Cuando mi hermana se casó, cuando tuvo a su segundo bebé, el hombre la dejó en el pueblo diciéndole a mis padres que la apoyaran porque él iba a terminar la carrera. Nunca más volvió por ella.

Me tocaron muchos peligros, muchas piedras. Pienso que maduré muy chica. Si hubiera sido por mi mamá, ya me hubiera casado a los 15 años. Me dijo que me iba a casar con el hijo de una señora. Yo le lloré a mi abuelita “yo no me quiero casar, ese está feo”, le decía. Siempre me cobijaba en mi abuela, ella me ayudó a salir adelante.

Pude haberme casado, dos o tres veces, al llegar a los 38 años. Pero me decía “tengo mi trabajo, gano dinero”, y siempre les veía defectos: “éste toma, éste es celoso”. Vi que iban pasando los años y que yo podía sola. No quise tener un hombre al lado. Yo soy libre como el viento. Hay un dicho que usamos mucho en el Istmo: “hay que pensar con la cabeza,

no con lo que está entre las piernas”.

Yo hubiera querido que, a esta edad o hace diez años, mi madre hubiera visto lo que tengo en mi vida. Un día le dije a mi mami: “tú no me quieres tanto como quieres a mis hermanos”; ella me respondió: “sí te quiero; pero tú eres dichosa por tener otra familia [que te adoptó] que te quiere; tus hermanos no”. Me hubiera gustado que viera que soy feliz sin tener hijos, ni pareja. Yo estoy contenta. No pienso que este es “el papel que me tocó vivir”. No, en mi caso no; yo decidí.

Zoila

Oaxaca, México

2019-2023

Me emociona darme cuenta de la capacidad de parir de las mujeres que acompaño. Se requiere un gran trabajo y una fuerza para parir, pero también elegir no parir requiere de mucha fuerza. Es importante que las mujeres sepan lo que pueden hacer y acompañarlas para recuperar la confianza.

Como me encanta lo que hago, sabía que me iba a limitar si tenía un hijo o una hija. Además, tuve una experiencia profesional. Yo estaba acompañando a una mujer, para hacer una cesárea, y llegaron las ginecólogas. Una de ellas llegó con su niña durmiendo, tuvo que acostarla en una cama de hospitalización. A mí esa experiencia me marcó mucho porque dije: yo no quiero tener una hija así, trayéndola como una carga, durmiéndola en la madrugada, o a la hora que sea, de manera incómoda. Considero que, a un hijo, se necesita darle tiempo de calidad, lo mejor posible, si no, mejor no tenerlo. Me di cuenta de que yo disfruto acompañando a las mujeres, dándoles seguridad para que puedan parir sin cesárea; las acompaño incluso en el sentido emocional, esa es mi misión. Me siento capaz de acompañar con paciencia, con confianza, incluso con mucha empatía.

Algunas de las mujeres me han dicho algo afligidas: “es que este no era el momento para tener un hijo”, “es que ahora estaba en el mejor momento profesional”, “es que yo tenía tal proyecto y aho-

ra ya no lo voy a poder hacer”. Por esto creo que se deben madurar bien las ganas de tener un hijo, no sólo hacerlo por presiones o deseos ajenos. Me acuerdo que una vez me hablaron para atender un parto; la chica ya estaba lista para parir y nació rápido la bebé. Me asistía una de mis sobrinas con su novio; ambos estaban estudiando medicina. Entonces mi sobrina le dijo a la chica: “ten” y puso a la bebé para que intentara mamar. Pero la chica le dijo que no; mi sobrina le volvió a insistir y la chica le dijo nuevamente que no. Había otra persona —que fue la que me contactó; me pidió que saliéramos de la habitación y, ya afuera, me dijo: “es que no quiere a la bebé”.

Para mí, el hecho de decidir no tener hijos biológicos fue fuerte. Soy la hija número diez y sabía que mi madre era una paridora, que lo hacía con confianza en su casa y que para mí era algo natural. Yo sé que sería una madre chingona, capaz. En el sentido de la crianza yo no tendría ningún problema, pero tampoco quiero renunciar a lo que me gusta: al acompañamiento de la partería.

Hace muchos años que yo trabajaba para la Procuraduría de Justicia del Estado y ahí atendía a mujeres que habían vivido violencia sexual, había mujeres que en algún momento tenían la incertidumbre de haber quedado embarazadas. Estando ahí me mandaron a una capacitación en interrupción de embarazos con medicamentos. Creo que en el 95 fui a la ciudad de México y, desde entonces, empecé a trabajar el tema. Me han buscado mujeres de diferentes estratos sociales. A veces existe la creencia de que las adolescentes son las que más se embarazan. Sin embargo, en mi experiencia, he atendido a un mayor número de mujeres que son de más de 20 años, hasta treinta y tantos años, incluso de más de 40.

He discutido con parteras, que son más grandes, y que nos dicen que nosotras tenemos que acompañar la vida, que no tenemos que acompañar la muerte. Hay varias que son muy radicales, sobre todo las mujeres grandes de 70 hasta los 85 años. Para mí, lo más importante es la decisión de la mu-

jer, y si no es el momento de que continúen con su embarazo yo les apoyo sin ningún problema al igual que en la partería.

Hay algo que en algunos momentos he compartido en otros espacios; algo me marcó el sentido de lo que yo quiero y quise, en ese momento, para mí. Yo viví una violación a los veinte años. Tuve molestias físicas y emocionales; no sabía qué hacer. Lo platicué en algún momento con un hermano mío, que estaba estudiando medicina, dos años mayor que yo. Iba, creo, en tercer año y él estaba ya en quinto: ya iba a terminar. Cuando le compartí que había vivido una violación él me responsabilizó y me culpó, me dijo: “tú, por pendeja; es más ni le vayas a decir a mamá porque se va a enfermar”. Mi mamá tenía algunas actitudes hipocondríacas, se desmayaba en algunos momentos; me dijo “si tú le dices a mamá se va a enfermar y hasta se va a morir”. Yo no sabía qué hacer, al final de cuentas no le conté más que a él y viví unos días con mucha incertidumbre pues no me venía la menstruación entonces. Sabía que no quería estar embarazada, no quería estar embarazada por una violación. Cuando ya por fin, de una manera fisiológica, me bajó la menstruación, yo hasta agradecí al mundo y al universo, a lo que fuera, por no haber quedado embarazada. Por esto para mí fue importante comenzar a acompañar a mujeres que, por alguna razón, necesitaban tener la plena seguridad de que no iban a quedar embarazadas.

Yo estuve en la agencia de delitos sexuales donde atendía a mujeres que habían sufrido violaciones y se les daba un tratamiento preventivo —lo que ahora conocemos como las pastillas del día siguiente. En el 2011 vino una persona del Istmo que tenía contacto con médicos y médicas que acompañaban las interrupciones. La verdad es que me cayó muy bien y me dio algunos tips de cómo poder administrar medicamentos para las mujeres que decidían interrumpir sus embarazos. Obviamente en el 2011 esto no era legal. Yo ya era doctora, ya había estado trabajando para la procuraduría, había vivido esa experiencia de la violación.

Había redes de compañeras feministas que me canalizaban a personas para que yo las acompañara en sus interrupciones; era así como desde la clandestinidad. Por supuesto yo lo hacía sin ningún problema y muchos años estuve así hasta que, por fin, conocí algunas personas que hablaban de tratamientos naturales con hierbas; como éstas que generan la oxitocina para que haya contracciones. En algún momento pude tener conocimiento de qué hierbas se podían utilizar. La única que yo he utilizado es la Santa María que tiene poderes oxitócicos, para generar contracciones. La he utilizado en algunos momentos con mujeres que acompaño. A veces les doy un chocolate con esa hierba hervida y así acompañamos el tratamiento farmacológico. Para preparar el té, se pone el agua, el chocolate y la hierba; pones todo junto y, ya que empieza a hervir, se le da caliente a la mujer. Esta hierba también ayuda en la inducción del trabajo de parto. Tiene las dos funciones: se puede utilizar para la interrupción del embarazo o para la inducción del parto. Además, es una hierba que se puede conseguir en cualquier lado; crece mucho incluso en las calles, en las banquetas. En mi experiencia me he dado cuenta de que, realmente, lo físico influye muchísimo a nivel emocional. Cuando las mujeres no tienen la presión de la culpa el proceso es mucho más rápido, mientras que, cuando están con la idea de que están haciendo algo malo, todo es más complicado. Todo eso lo platicó en la primera entrevista con ellas. Siempre les digo que lo que decidieron en ese momento es lo mejor, sin juzgarlas. Muchas viven con culpa porque se ha dicho que esto es un proceso de pecado, que estás quitándole la vida a un ser humano. Yo me he dado a la tarea de investigar también y de documentarme, incluso desde el punto de vista religioso. En algunos casos yo comparto esta información porque desde el activismo provida se disemina la idea de que “estás destruyendo una vida”. Yo les explico que, lo que ocurrirá, es que habrá un desprendimiento; se expulsará. Además, en la semana 12 todavía no se considera un bebé, todavía neurológicamente no hay sensaciones, tal como se

ha comprobado a nivel científico. Y, además, a nivel religioso se considera que los fetos no tienen alma hasta la semana 22 de la gestación.

Esa es la forma en que yo las acompaño y siempre les digo: “lo que tú decidiste ahora es lo mejor en este momento, si por alguna razón tú requieres algún apoyo emocional está bien”. Porque algunas no lo manifiestan y yo estoy siempre pendiente de lo que va ocurriendo, durante un mes o mes y medio. Siempre les mando mensajes o les pregunto cómo están. Ahí yo me entero que, a veces, se enferman de gripa, o que les dio tos; entonces les digo: “estás manifestando una tristeza porque esto es un duelo, porque es una decisión que no es fácil, porque tuviste que tomar esta decisión por alguna razón, la que sea. La razón que tengas es válida, eso no se va a cuestionar”. Es como la forma en que muchas incluso se quedan agradecidas y vuelven a buscarme, a decirme que están bien, que están tranquilas. O hay otras que no logran sobreponerse emocionalmente; entonces les sugiero que busquen acompañamiento psicológico porque la culpa es un sentimiento muy fuerte, impuesto por la sociedad, por la iglesia, por las instituciones.

Claudia

Buenos Aires, Argentina

2015

Somos diez hermanos de la misma madre y de distintos padres. Yo soy la quinta hija. Mi madre me tuvo a los treinta años. Ninguno nos criamos juntos, mi mamá nos desparramó en varios lados. Ella preguntaba, entre los familiares, a quién le hacía falta alguien para que los ayudara.

Tengo 48 años, a los 51 terminaré el secundario. Estoy cursando el tercer ciclo de la primaria. Siempre tuve vergüenza de no haber estudiado; sabía leer, pero mi letra era pésima. A mí nunca me ha mantenido nadie, yo me mantengo sola, desde chica, con los trabajos que he realizado. Para mí era normal no ir a la escuela.

A los 14 años me hice señorita, ni siquiera sabía qué era lo que me estaba pasando; sólo recuerdo que

iba con mi primo en la moto y al bajarme estaba manchada de sangre. Era muy chica cuando supe que estaba embarazada; tenía 17 años, no le dije ni a él ni a mi familia la situación en la que estaba. No quería decir nada porque, cuando alguna prima quedaba embarazada, el hombre terminaba abandonándola; y esta manera tonta de pensar me hacía no decir nada. Así que decidí abortar sin saber el riesgo que implicaba un aborto a los cuatro meses de gestación. Aborté con unas inyecciones que una conocida mía me dijo que comprara en una farmacia. Me puse muy mal y me llevaron a urgencias para hacerme un raspado. Mi primo (que es como un padre para mí) me ayudó sacándome del hospital porque, como era menor de edad, me hubiera ido derecho al reformatorio. Después del aborto tomé conciencia de no volver a vivir algo así, usé durante un tiempo anticonceptivos.

Soy la única de mis hermanas que decidió no tener hijos, ellas también tuvieron vidas muy duras. Si yo me hubiese quedado en Catamarca capaz estaría llena de hijos, porque allá la vida es otra, las mujeres son para estar fregando los pisos y cuidar a los hijos, lo veo en mis hermanas y en mis sobrinas que están jovencitas, todas llenas de hijos.

Con mi actual pareja llevo más de veinte años. Siempre me decían “¿y para cuándo?, ¿tantos años juntos y todavía no han encargado? ¿A qué están esperando?”. También varias veces nos dijeron “¿y quién es el que no puede?” A veces cargan mucho a mi marido sus amigos diciéndole que “no sirve como hombre”, se lo dicen en forma de broma.

Rufina

Atzompa, Oaxaca, México

2021-2022

Mi mamá se casó muy joven, a los 16, y tuvo 11 hijos. Siento que, desde esa enseñanza tan propia, su inteligencia le llevó a decir: “a mis hijas no las van a tratar igual, de la misma forma que a mí me trataron”. Enviudó muy joven. Es ejemplo de vida; imagínate luchar con 11 chamacos para salir adelante. Ocho de mis hermanos somos profesionistas, yo

estudié contabilidad. Ella, toda su vida, así como nuestros ancestros —mis tatarabuelos, mis bisabuelos, mi abuela—han trabajado con el barro. Todo el pueblo en donde vivo es alfarero.

De mi mamá viene toda esta enseñanza de trabajar con el barro, es algo que se transmite. En mi caso yo decidí no reproducirme, no tengo hijos. Para mí es un honor enseñar el oficio a chavos o muchachas que vienen y quieren aprender, pues son semillas que tú vas a dejar y que van a germinar; ¿dónde? quien sabe, llegarán a otras tierras. Yo siempre digo que esto es una cadenita: ellos me enseñaron, yo enseñé y tú tienes que enseñar para que esto no se pierda. Me gusta enseñar.

Me ha tocado enfrentarme con personas que me han dicho: “no puedes, no sirves para esto; tú, como mujer, no vales nada; tienes que aceptar estas condiciones porque eres mujer”. Ahí es cuando más me *pican la cresta* y, la verdad, es que soy muy terca. Así que me digo “sí se puede, y sí puedo”.

A mí me encanta hacer mujeres con el barro. Siempre es fuerte la figura materna, mi madre. En una ocasión hice una silueta de mujer y mi hermana me dijo: “¿qué estás haciendo?”. “Estoy partiendo a la Rufis”, le dije, “porque va a ser otra Rufis; la que conocían va a cambiar”. No me refería a un cambio de mi interior, sino a un cambio mental. Ahí fue cuando comencé a decir “sí puedo”; no sé cuánto me cueste, pero tengo que lograr lo que me proponga. Yo siempre digo que para mí lo más sagrado ha sido nacer, crecer y comer del barro. En esos procesos de aprendizaje, de lucha, aquí tienes la tradición, aquí tienes tatuado todo lo que haces.

Siempre he sido muy noviera, hasta la fecha. No me gusta estar atada a nada. A los 25 años me propuso matrimonio un chavo de acá, del pueblo, pero siempre me decidí por la libertad. Siempre me decía que, si me casaba, tendría que lavar, que planchar, que hacer de comer; que tendría responsabilidades que no quiero tener. Y, mis sueños, ¿en dónde quedaban? Nunca me imaginé como ama de casa. Mi mente siempre fue viajar, crecer, conocer a más gente, conocer otros rumbos y horizon-

tes. Jamás me vi atada a algo, nunca soñé con la idea de tener hijos.

El machismo es fuerte acá, la mujer sirve para la cama, para estar en la cocina y con los hijos. Primero le huía al matrimonio, después me llegó la madurez de no tener hijos. Siempre veía que eran muchas las expectativas. Yo siempre veía un pero y pensaba “no va a funcionar la relación”; o quizás la que ya no iba a funcionar era yo.

Sí soy creyente, pero si Dios me dio un cerebro para pensar, no debe haber un conflicto con lo que decida. La decisión está en tu interior. He enfrentado ese tabú.

Algo que he observado es que, en mi familia, hay muchas mujeres solteras. Tengo dos hermanas más grandes que yo, tías y primas que son solteras. Incluso tengo dos hermanas que son madres solteras. Quizás por eso no sentí la presión de mi familia para casarme o tener hijos. Yo me siento muy a gusto y feliz con mi decisión.

Alejandra

Santiago de Chile, Chile

2017

Es algo que siempre he asumido, nunca ha sido un tema para mí. Nunca ha sido una motivación para mí ser madre, no es algo que yo necesite para realizarme, ni para mi felicidad.

A los 31 tuve un síntoma, me picaba mucho el cuerpo y estuve muy incómoda durante mucho tiempo, me salieron unos ganglios en el cuello. Me operé, después tuve una recaída, me hice un trasplante de médula, que implica hartas cosas; unas quimioterapias súper fuertes que matan todas las células de tu cuerpo para volver a empezar.

Sufría porque veía que mis papás y mi hermana sufrían, estaban muy preocupados por mí, yo no temí por mi vida, nunca pensé que me pasaría algo, probablemente ese es también el instinto de sobrevivencia. Y, claro, en esa locura aparecen diciéndome que congele óvulos porque después, cuando quiera tener hijos, ya no voy a poder hacerlo. Mi respuesta fue no: no quiero. Si yo hubiera tenido la mínima duda

lo hubiera hecho, pero no la tengo; estoy muy bien con esa decisión. Es una decisión interna y personal.

Una compañera del colegio tuvo algo muy parecido a mí. Un día nos encontramos, hablamos, le dije que lo más doloroso había sido que yo tenía un prurito muy grande y me dijo ella –llorando- que su dolor más grande era no poder tener hijos. Me di cuenta de que son cosas que se van sumando, me di cuenta de que para mí eso no fue un dolor, era algo que ya había decidido.

La maternidad es una responsabilidad tan grande que tiene que estar claro. Yo no estaba preparada, ni dispuesta, ni con ganas de asumirlo; me siento bien así.

Mi mamá no lo entiende, no entiende qué pretendo, pero yo me he ido reconciliando con la relación. La relación con la madre de por sí es algo súper difícil, al menos en mi caso. Ella se crió así, así es su generación, ya ni siquiera me enojo con ella; la veo con más ternura, lo hace desde la preocupación, ya no pretendo que lo entienda, no voy a luchar en contra de eso.

Lo que sí me ha molestado, es cuando la gente me ha dicho “pero te vas a quedar sola”, eso es la estupidez más grande que uno puede escuchar, porque estamos solos, nos morimos solos y la maternidad no te garantiza nada. No es una decisión que uno tome por una razón, son muchas las razones; es una construcción que, finalmente, se relaciona con tu historia de vida.

Lisa

Buenos Aires, Argentina

2015

Nunca pensé en ser madre. No tengo recuerdos de haber soñado o pensado tener hijos; jamás en la vida me imaginé embarazada. Es como una línea de pensamiento. Es difícil definir cómo se llega a esta decisión, es algo tan adentro mío que es como si siempre hubiera existido.

He decidido no tener hijos porque pienso que es el compromiso más grande que puede asumir una persona. No es que le tenga temor, ni que me falte

el valor. Pero es una decisión totalmente tomada y asumida; no sigo el mandato cultural. La decisión de no tener hijos no la vivo como fuera de lo común; lo vivo como algo natural.

Mi vida artística empezó a desarrollarse después del suicidio de mi padre y siempre me queda el “¡ay!, falta papá, tendría que estar acá”. Porque, de mi familia, él era el que tenía un vínculo más importante con el arte y sería con él con quien más podría compartir. Creo que mi papá no estaba hecho para tener hijos y me siento muy parecida a él. El traer a alguien a este mundo no me genera emoción.

Estoy a favor del aborto. Primero estoy a favor de los métodos anticonceptivos, de que se eduque sobre el tema, pero también quisiera que se legalice el aborto por una cuestión de salud. Además, creo que es un derecho que debemos tener las mujeres, nosotras debemos decidir sobre nuestro cuerpo y el aborto debe ser una opción.

Azucena

Pontevedra, España

2018

Mi lucha empezó ahí, revelándome a los convencionalismos sociales. Mi decisión de no tener hijos va en contra del mandato de la religión católica. Yo creo que lo tenía bastante claro a los 28 y 30 años. Es cierto que a los 35, o cuando me acercaba a los 40, surgieron pequeños momentos de duda, pero muy transitorios; no cambiaron mi decisión. No me arrepiento en lo absoluto.

Traer un niño al mundo se relaciona con cómo tú entiendes al mundo desde el punto de vista existencial, cómo tú entiendes la vida, cómo ves el mundo, qué es lo que significa; la importancia que le das a la biología, a la genética, a los lazos de sangre. Creo que, si la mayoría de las personas pensarán libremente, quizás tomarían esta misma decisión. Tiene mucho peso la educación que recibimos, cómo nos educaron, lo que se espera, lo que esperan los demás de nosotras. La mayoría esperan que las mujeres de su familia tengan hijos y muy pocas mujeres se enfrentan o rebelan contra ello.

Emilia

Chihuahua/Oaxaca, México

2014-2015

Rita Torler, una maestra que tuve en la licenciatura, nos platicó que, desde muy joven, había decidido no ser mamá. Me encantó la idea de que había otro camino, el de no ser madre.

Crecí muy tarde, era muy ingenua. Tenía como 27 años; vi la pasión que esta maestra tenía por su trabajo, y la relación que llevaba con su pareja.

Un día, a mis 34 años, íbamos cruzando la frontera de Juárez a El Paso (Texas). Yo iba manejando y, de repente, se voltea mi mamá y me dice: “¿Y bueno, qué onda, no vas tener hijos? Porque no es lo mismo los hijos de tus hijos, que los de tus hijos”. Le contesté: “no mami, pues ya te fregaste, porque yo no voy a ser mamá. Cada vez estoy más segura de que no quiero ser madre”. Jamás me ha vuelto a preguntar, me ha apoyado y ha respetado mi decisión.

Claudia G.

Salto del Petrohué/Cáhuil/Santiago de Chile, Chile

2017-2018

Para mí siempre estuvo en duda. Yo quería tener una familia, pero no sabía si en esa familia iban incluidos los hijos; porque en un momento vivir es una posición un poco rebelde, así como: “por qué voy a traer hijos a este mundo de mierda”. Es una negación rebelde, luego uno va madurando y la posición va cambiando. En el fondo, la vida te va enseñando que hay otras cosas en las que puedes realizarte como mujer y que no involucran directamente la maternidad. En el fondo, uno va tomando la decisión de no tener una familia tradicional. Para mí la familia es mi pareja.

Mi sobrino una vez me preguntó que por qué no tenía hijos y yo le respondí que había distintos tipos de familia y que, en este caso, nosotros no queríamos tener hijos; “te van a tocar más regalos” le dije. Mi mamá una vez me contó que a ella le había llegado un cuento de que nosotros (Félix y yo) no

teníamos un hijo porque no podíamos. “¡Esa weá es mentira!”, yo le decía a mi mamá. La gente inventa muchas cosas, responden a ciertos estímulos como: “¿no tiene hijos? ¡ah! no pueden tener”, esa es la respuesta.

Tengo un amigo que siempre le pasan cosas terribles y extremas. En una ocasión casi se quedó ciego, y fue súper loco porque me llamó y me dijo —ya después que había pasado lo urgente: “siempre he pensado que si me pasaba algo, tú —con el Félix— me iban a cuidar”. Fue muy bonito y emocionante. Podría empezar a pensar en esas cosas en las que nuestros padres no harían. No conozco muchos de la generación de nuestros padres que, por ejemplo, hayan tenido esa idea. La verdad es que nunca pregunté a mi mamá si tal vez alguna vez pensaron: “¡oye! cuando seamos viejos vámonos a vivir todos juntos y nos cuidamos”. En cualquier caso, creo que éste es un pensamiento más sólido entre la gente que no tiene hijos. Yo sí pienso en hacer un proyecto, a lo mejor en unos 20 años más, para irnos a vivir a un lugar, tener todas nuestras casitas, nuestra vida juntos; vivir nuestros últimos años juntos y cuidarnos entre nosotros. Eso es parte de la vida y de la amistad.

Renata

Oaxaca, México/Varsovia, Polonia

Budapest, Hungría

2015-2021

Soy independiente y la soledad es otra cara de la independencia. Para mí no tener hijos es la libertad, es hacer lo que me gusta. Soy consciente de lo que implica tener un hijo, de la responsabilidad, de la carga de trabajo, de los riesgos. Uno no puede tener todo en la vida y una mujer menos. Tienes que elegir.

La maternidad no es un constructo homogéneo, hay muchos grupos de madres marginadas y calladas. Las madres lesbianas es el tema del primer texto que escribí en polaco. En Polonia hay muchos refugiados de la guerra.

Conocí a Isaac, él murió en 2006, llegó a Polonia como refugiado con su familia. Su hija tiene 18 años

y yo le ayudo con el pago de los cursos de español y le enseño inglés, es una niña brillante. No la veo como una hija, solo quiero jugar el papel de amiga y de tutora.

Me hice feminista no por moda, sino por mi propia historia. Tengo una postura política firme. Siento que también es un trabajo feminista apoyar a las mujeres jóvenes. Creo que las jóvenes que están cerca de mí [mis estudiantes] pueden verme como una figura materna, pero éste es otro tipo de maternidad.

Hice un estudio sobre cultura, identidad y estrategias de sobrevivencia, hace varios años, en Santa María Tomatlán, en Iztapalapa (Ciudad de México). En este lugar a las mujeres se les permite que pospongan la maternidad si están realizando estudios. Ni los papás, ni el resto de la sociedad les insisten en el tema. Dejan que sean profesionistas. Estas chicas tienen su vida sexual fuera de la comunidad. Saben que, si se casan, la presión aparece.

Hay tabús sobre la maternidad; no se dice que el embarazo puede ser un problema para la salud, ni que el feto te chupa el calcio, te hace débil; tampoco se habla del dolor físico que causa, de la depresión posparto. No, no se habla de esto.

Norma

Tlaxiaco, Oaxaca, México

2019

En estos procesos del examen del Papanicolaou y otros estudios, la ginecóloga me dijo que tenía quistes, que no podría tener hijos de forma normal: “Te voy a hacer un tratamiento, si en ese tratamiento quedas embarazada, con el parto sale el bebé y te quitamos de una vez los quistes.” Según ella, el tratamiento idóneo por mi situación era fecundación in vitro. Me dijo que la matriz no tenía ningún problema porque no había tenido abortos, porque no había tenido un embarazo, estaba, como quien dice, intacta. El problema era la obstrucción de las trompas.

Me sentí rara con esta noticia: yo no sentía la ilusión de querer un bebé. Pero, bueno, dudé. Me mos-

traron la cotización, me explicaron que son tres o cuatro intentos, que dependía de mi matriz y de mi edad —en ese momento tenía 36 años. La cuestión era que ellos iban a hacer todo lo posible por hacerme mamá. Incluso me dieron la opción de que si mis óvulos no servían me podrían vender óvulos congelados.

Entonces dije no, no quiero. No lo consulté ni lo hablé con mi familia. Ni siquiera le di la opción a mi pareja, nada más dije “no”. No me veía metida en todos esos chequeos médicos, en ese viaje, y además, imagínate, le dije a él, “¿endeudarnos? ¿vamos a trabajar para pagar una deuda?”

Tengo 41 años y me siento bien, no es algo que me frustre. Tal vez nunca me percaté que no podía tener hijos, nunca le di importancia porque no estaba en mis prioridades.

En mi trabajo me he enterado de muchas historias tristes. Una señora que atiendo, cuando lleva sus joyas para empeñar, me cuenta de que su hijo tiene leucemia; a ella le hicieron una operación de corazón abierto y trae problemas con sus encías.

Judith

Oaxaca, México

2023

Se ve con malos ojos que a cierta edad no hayas tenido un hijo. Pero la presión de los demás se diluye un poco al considerar que, según tu reloj biológico, todavía te queda tiempo para reproducirte, o al creer que ya superada la etapa de la diversión y el “desmadre”, madurarás y nacerá en ti el “instinto materno”.

Se cuestiona y se critica más a una mujer que no ha tenido hijos que a la que sí los tiene. Se ha naturalizado el hecho de que la mujer debe ser madre, como si fuera una obligación. Más bien es una posibilidad y no un “deber”, cada quién tendría que elegir la vida que desee.

A medida que me fui acercando al límite de mi reloj biológico reproductivo, fui tomando consciencia de que mi decisión es irreversible. Me pregunté ¿qué otras mujeres han decidido no tener hijos, o cómo

es que llegaron a esa decisión? Y me di cuenta de que no tenía ningún referente cercano, y que era un tema que no se hablaba con familiares, ni con amigas o mujeres de mi generación.

La decisión no es rotunda, no se da en un momento determinado, no hay un “instante decisivo”, porque se construye en diversas etapas y a partir de significativas experiencias que atraviesan nuestra existencia. He podido entender la fotografía como un proceso que puede llegar a ser de autoexploración, de sanación, de solidaridad, de vinculación, de conocimiento. Lo he advertido en los diversos encuentros surgidos en este proyecto visual que me ha dado la dicha de conocer mujeres valientes, atrevidas, sensatas; mujeres que generosamente me dejaron entrar en sus vidas y me contaron sus historias acerca de cómo construyeron su decisión.

Antes solía decir solo “no” cuando me preguntaban si tenía hijos; esto generó que algunas personas se expresaran con compasión. Tiempo después le di un giro que cambió todo, respondía: “no, decidí no tenerlos”. Con ello vi que el “problema” no era mío, sino que era de quien me empezaba a juzgar. Ante la seguridad y la franqueza de esa respuesta, ya nadie me replica, muchas veces solo hay silencio.

Tanto el tener hijos como el no tener es una decisión diversa. Implica una diversidad inusitada y asombrosa. Hay que incidir en la reflexión, evitar el caer en el estereotipo de la mujer-madre y la mujer-no-madre; hay que evitar pensar que solo hay polarización o dicotomía. Entre las madres y las no madres hay diversidad, lo importante es que sean maternidades o no maternidades elegidas. Creo que debemos siempre defender la diversidad y en ella debe incluirse el “no” a la maternidad, la decisión de no ser madre. Debemos reconocer la multiplicidad de historias que nos ayudan a derrumbar los estereotipos y los mandatos sociales que dictan cómo debe ser una mujer.